

¿Estamos siendo gobernados por locos?

El panorama geopolítico actual parece haber abandonado las coordenadas de la *Realpolitik* para adentrarse en el terreno de la patología clínica. Si observamos los movimientos de las grandes potencias, la pregunta no es solo necesaria, sino urgente: ¿en manos de quién estamos?

En el centro del huracán se encuentra Donald Trump, cuya figura ha trascendido la política para abrazar una **iconografía fundamentalista**. No es raro ver en sus bases la promoción de una imagen casi mística, equiparando su figura a la de un **Jesucristo moderno**, un salvador perseguido que viene a “limpiar” el templo de la democracia.

Esta deriva mesiánica alimenta una política exterior de fuerza bruta. Su enfrentamiento con el régimen de los ayatolas en Irán —un espejo de fundamentalismo religioso y dogmatismo— ha superado cualquier umbral de prudencia. La guerra no solo devasta la región, sino que estrangula las arterias económicas del mundo al restringir el flujo energético en el **vital Estrecho de Ormuz**. Sin embargo, para Trump, este caos es una herramienta: el pretexto perfecto para su agenda aislacionista de "Estados Unidos Primero", buscando desvincularse de la OTAN y de una Europa a la que parece considerar más una carga que una aliada.

Mientras Washington se repliega hacia un imperialismo de fuerza bruta, la Unión



Europea ofrece una imagen de **prudencia que, bajo la lupa, se revela como una ilusión óptica**. Se nos dice que Europa intenta desmarcarse del conflicto iraní, pero la realidad es mucho más oscura.

Durante décadas, los políticos del Viejo Continente soñaron con la autonomía estratégica, soñando con un ejército propio y el fin de la tutela estadounidense a través de la OTAN. Hoy, cuando Trump pone esa independencia en “bandeja de plata” al amenazar con el abandono de la Alianza, los líderes continentales no reaccionan con júbilo, sino con un **terror paralizante**. Incapaces de concebirse fuera del papel de “apéndice imperial”, se aferran a las estructuras que los someten.

Esta sumisión no es sólo retórica, sino que se traduce en cifras que golpean directa-

mente el bolsillo del contribuyente. Los gobiernos europeos, han entrado en una carrera frenética por aprobar **presupuestos de rearme y paquetes de ayuda militar masiva para Ucrania**. A día de hoy, en abril de 2026, la Unión Europea ha consolidado su papel como principal aliado de Ucrania al comprometer un apoyo militar total que ya supera los **109.800 millones de euros** (con cerca de 70.000 millones ya ejecutados), reforzado por un nuevo préstamo de **90.000 millones** para el bienio 2026-2027 destinado a defensa y estabilidad presupuestaria. En este marco, **España** ha dado un paso al frente con un nuevo paquete bilateral de **1.000 millones de euros** para el presente ejercicio, elevando su contribución total acumulada a casi **4.000 millones de euros** y priorizando el suministro de sistemas de defensa aérea, artillería y la coproducción industrial de drones de última generación.

En lugar de invertir en la prosperidad y seguridad de sus propias naciones, estos líderes desvían recursos vitales para sostener el régimen del no menos demente Zelenski. Mientras el gobierno español de Pedro Sánchez aprueba partidas millonarias para el envío de armamento, los ciudadanos se enfrentan a una realidad doméstica desoladora: una **crisis de vivienda** que desahucia el futuro de los jóvenes, una **sanidad pública** bajo mínimos que se desangra entre listas de espera interminables y una inflación que devora el poder adquisitivo de las familias.

Al alimentar militarmente a un líder cuya gestión del conflicto roza lo delirante, gobiernos como el de España demuestran que su verdadera prioridad no es la paz ni el bienestar de su gente, sino actuar como dóciles servidores de los intereses neoconservadores de ultramar. Esta política de “**cañones en lugar de mantequilla**” condena a los españoles a restricciones severas y a un empobrecimiento sistemático de los servicios públicos, todo para financiar una masacre que, paradójicamente, Europa dice querer evitar pero que en realidad contribuye a perpetuar.

El síntoma más claro de esta “locura” es la gestión del conflicto en Ucrania. Los líderes europeos han decidido que Rusia debe seguir siendo el enemigo eterno:

La paradoja energética: Mientras la crisis energética asfixia la economía, la solución lógica —recurrir a las fuentes rusas tras el fracaso de la aventura militar estadounidense— es bloqueada por obediencia al amo extranjero.

La guerra eterna: A pesar de que Trump ha abierto la puerta a finalizar el conflicto, la UE se resiste. Esta obstinación busca aguantar hasta las elecciones de mitad de mandato en EE. UU., esperando que el regreso de los demócratas al Congreso reavive el apoyo a Kiev.

La política europea actual es el reflejo de una **esquizofrenia geopolítica**. Por un lado, intentan evitar la hoguera iraní por puro instinto de supervivencia; por otro, alimentan activamente el incendio en Ucrania y mantienen una hostilidad suicida hacia Rusia.

No estamos ante una estrategia brillante, sino ante la confusión de unos gobernantes que han perdido la capacidad de gobernar para sus pueblos. Entre el fundamentalismo mesiánico de Trump, la demencia de Zelenski y la docilidad servil de los líderes europeos, el mundo parece deslizarse por una pendiente donde la cordura ha sido declarada obsoleta. El futuro no augura más que conflicto y una decadencia que ya no se molesta en ocultar su rostro más brutal.



José Antonio Noval

Cabos sueltos

VIVIR ES MÁS QUE SOBREVIVIR

Organizaciones internacionales, consideradas rigurosas y serias, afirman que en nuestro mundo de hoy 1.100 millones de personas viven en situación de pobreza extrema; quieren decir que sus ingresos están por debajo de 2,15 dólares al día. Cómo se medirán esas cosas? Además, suelen coincidir en situar a todos esos millones de personas en el continente africano y en zonas de Asia.

Si se considera pobreza extrema a esa condición económica, con todo lo que ello significa de imposibilidad total de resolver las urgencias más elementales: la comida, la salud, la vivienda, el vestido, etc., ¿qué pasará en otros lugares?

No conozco más que algún país centroamericano, pero estoy casi seguro de que en esa zona del mundo se vive una forma de pobreza que no se percibe hasta que uno se acerca y mire con tiempo, sin prisa de turista, de visitante cortés y llano, y comienza a preguntarse cuando se aleja.

¿De qué vive esta gente?

- *“¿Cómo que en qué trabajo? En lo que puedo, señor... ¿En qué puedo trabajar? ¿Dónde hay trabajo para mí y ahora mismito lo tomo?”*

- *“Pero tendrá sus bienes”.*

- *“Bienes de qué, señor? Fíjese, mis papás tenían un terrenito de 15 cuerdas. Para que me entienda: uno cuerda es un cuadrado de 20 metros de lado. Ya se imaginará. Nosotros somos siete hermanos. Así que los papás nos heredaron 2 cuerdas a cada uno. Yo soy más pobre que mi papá.*

- *¿Entonces?.*

- *“Si un vecino va a preparar su terreno para sembrar la milpa y me llama, allá voy a las cuatro de la mañana con mi azadón hasta que el sol caliente. Y al día siguiente volveremos, hasta que la tarea termine. Me pagará lo que se acostumbra, o un poco menos, porque lo que sobra es quien busque trabajo. Si otro vecino necesita muchos hombres en un solo día sin parar, para echar la terraza de su casa subiendo cubetas de concreto, allá vamos. Y, si no voy «hoy por ti y mañana por mí», me pagará lo que se acostumbra”.*

- *“Y qué más?*

- *“Hasta hace poquito podíamos subir a la montaña y talar un par de alisos o un encino. Durante unos días lo partíamos para leña y la bajábamos a la casa; luego, lo íbamos vendiendo en la ciudad y un poco para la cocina. Pero ahora ya quedan pocos árboles y se necesita autorización de la muni, y hay que pagarla. Mi esposa, a ratitos, borda fundas de almohadas y de cojines; luego baja a la costa, pasa el río y las vende en Mexico. Con el dinero que le don compra algunas cosas que son más baratas allá.*

Ya sabe, cuando se muere alguien en una casa vecina, todos nos ayudamos; mi mujer va a echar una mano. Habrá que cocinar esos días para mucha gente. Al velorio llegan de muchos sitios: vecinos cercanos y conocidos; otros vendrán también a «acompañar», aunque no sean conocidos.

A lo mejor usted no sabe, don, cómo es un velorio en nuestra tierra. Se llega a la casa del difunto; van en fila, según llegan se abraza a los familiares, y al mismo tiempo, se les dicen al oído unas palabras de consuelo y de conformidad, y ya se sientan en las sillas que están preparadas para todos. Y a todos los que llegan hay que ofrecerles algo: un otol, café, un pan dulce. Según la hora, se dan tamales o arroz con pollo... Ya sabe, unos tienen y otros deben... Cada uno sabe lo que puede.

Las mujeres que vienen y los hombres, traen a la familia doliente una libra de azúcar o de arroz, o de frijol, o algo de dinero. Pero a todos se les atiende, y eso lleva muchas manos. Y al final, a las mujeres que ayudaron, se les da algo si se puede. También viene un pastor evangélico, un párroco, si el difunto era católico, o un catequista: hacen una oración y una prédica. Igual pasan dos horas cuando se van. Por eso hay que dar algo siempre, para que resistan”

- *“Pero hay que comer y cenar y desayunar todos los días”.*

- *“También sembramos unas papas y unas zanahorias y unos tomates, una esquinita del terreno. Y unas gallinas y un «cochito» (un cerdito) que cuida lo mujer. Cuando yo es grande, lo vende. Yen el monte ya sabemos todos que hay hierbas sabrosas: los bledos, la hierba mora, berros... Y el maíz y el frijol que sembramos. No nos dura todo el año, pero nos arreglamos. Que no nos falten unas tortillitas, aunque sean sólo con sal, o unos tamalitos de maíz. Un té de higo o un poco de café...”*

Pero lo que siempre apetece es un poco de carne de res, un churrasco o uno de esos exquisitos tamales de carne y salsas y pasas y ciruelas... Pero eso, sólo en una fiesta, en una boda.

Es cierto que, tratándose de países cálidos, casi no se necesita ropa de mucho abrigo. Además, no es difícil encontrar calzado o vestidos o camisas... Continuamente llegan unos enormes fardos de ropa usada, “pacas” las llaman. Se trata de ropa y calzado de desecho, procedente de Estados Unidos. Por todas partes se encuentran tiendas donde se puede elegir lo que te guste a precios muy bajos y no en mal estado. También es verdad que hay enseñanza pública, escuelas, institutos y parvularios. Con un profesorado de muy baja cualificación. En su mayor parte, dejaron de leer desde que acabaron sus estudios. Tampoco se utilizan demasiados libros en los centros; con escasas dotaciones, anticuado sistema de enseñanza, casi total desconocimiento de segundo idioma, escasez de profesorado y excesivo número de alumnos por aula, con menor número de horas lectivas durante el año, siempre interrumpidas por cualquier tipo de celebraciones.

Y así nos vamos arreglando. Si enfermamos o tenemos un accidente, acudimos al hospital público, Y deseémonos lo mejor: lo peor siempre es una posibilidad.

¿Y a la vejez que se puede esperar? Recordemos que en ningún momento hemos hablado de pago de impuestos. Sólo faltaría eso. A la vejez, soledad, abandono, inseguridad. Miedo. En más de una ocasión oí un comentario como este: era a propósito de una mujer soltera que acababa de tener un hijo: *“Ahora, por lo menos, ya tiene a alguien que la cuide cuando sea vieja”.*

A esto es a lo que se llama *“economía informal”* para no decir pobreza. Para no decir hambre. Estoy seguro, con total seguridad, de que muchas personas adultas apenas habrán probado la leche desde que dejaron de mamar siendo bebés. Pobreza. Esa pobreza silenciosa, oculta tras la sonrisa eterna, como la *eterna primavera* que tanto nos encanta allá. Esa pobreza que se esconde tras las niñas y niños a los que se les van los ojos cuando ven en la tele tantas cosas buenas que ellos nunca tendrán. Ese tipo de hambre que humilla, avergüenza y mata. *“La actual, la más canalla de la historia, -así la llama Martin Caparros en ese libro desolador- ya no es un problema técnico, sino político, lo que quiere decir que no es tanto un problema de pobreza como de riqueza y de la concentración de ésta”*

Cómo se llama esto?

No es lo mismo sobrevivir que vivir con dignidad. Y con esperanza. Eso no es vivir.

José Antonio Noval - Marzo de 2026

ENTRE LA TUMBA Y LA ÓRBITA LUNAR

Una Pascua marcada por la contradicción

Guerra, ciencia y esperanza en una humanidad capaz de destruir en la Tierra mientras proyecta su futuro en el espacio

Evaristo Villar



En plena celebración de la Pascua, mientras millones de personas conmemoran el paso de la muerte a la vida, el mundo ofrece una imagen difícil de encajar con ese mensaje. Las guerras continúan, los bombardeos arrasan ciudades y la violencia se instala como una constante en la agenda internacional.

La escena dominante es la de la tumba: hospitales colapsados, civiles atrapados en conflictos genocidas, sociedades enteras desplazadas, marcadas por la incertidumbre. La muerte, en muchos lugares, ha dejado de ser excepción para convertirse en sistema.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, otra imagen emerge con fuerza: la de la órbita lunar.

Dos realidades simultáneas

Mientras en la Tierra se abren cráteres por la guerra, fuera de ella se planifican misiones para habitar otros espacios. Programas espaciales internacionales avanzan hacia el regreso a la Luna con objetivos que van más allá de ese mismo satélite: establecer bases permanentes, investigar recursos y preparar el salto hacia Marte.

Este impulso es realmente ilusionante. Implica cooperación científica global, desarrollo tecnológico extremo y una inversión sostenida en el futuro. Representa, en esencia, la capacidad humana de proyectarse más allá de sus propios límites.

La contradicción es evidente: la misma humanidad que no logra detener la destrucción en su propio planeta es capaz de coordinar proyectos de enorme complejidad para expandirse fuera de él.

La doble cara del progreso

El contraste no se limita al ámbito espacial. En paralelo a los conflictos, la ciencia continúa avanzando a un ritmo acelerado. Nuevas terapias médicas, vacunas innovadoras, inteligencia artificial aplicada a la salud y energías renovables están transformando la vida de millones de personas.

Estos avances no son anecdóticos. Representan pasos concretos en la lucha contra la enfermedad, la pobreza energética y otras formas de vulnerabilidad. Pero conviven con una realidad opuesta: guerras de destrucción y muerte, desinformación sistemática y un deterioro creciente de los marcos de convivencia internacional.

La conclusión resulta incómoda pero inevitable: el problema no es la falta de talento y creatividad humana, sino el uso que el poder incontrolado hace de todo esto.

La paradoja humana

¿Cómo explicar que una especie capaz de secuenciar el genoma, desarrollar vacunas en tiempo récord o planificar impresionantes misiones espaciales no consiga evitar conflictos devastadores en la Tierra? ¿Hasta amenazar con “la muerte de toda una civilización”?

La respuesta no parece técnica, sino estructural. La lógica dominante sigue siendo la de la confrontación: acción y reacción, ataque y represalia. Un ciclo que se retroalimenta y dificulta cualquier salida humanamente razonable. Los avances científicos muestran lo que ocurre cuando predomina la cooperación. Los conflictos, en cambio, evidencian las consecuencias de una competencia llevada al límite.

En ese contexto, la Pascua puede interpretarse—más allá de su evidente dimensión religiosa—como una interrupción simbólica de ese ciclo: una invitación a cambiar la lógica que lo sostiene.

Una lógica que se puede interrumpir

Traducido al lenguaje del presente, el mensaje de la Pascua no aparece como una consigna moral ni como un repertorio de buenas intenciones, sino como una forma distinta de situarse en medio del conflicto. Implica, en primer lugar, no quedar atrapado en la inercia del rencor, esa fuerza silenciosa que prolonga las guerras mucho más allá del campo de batalla. Supone también sostener la resistencia sin asumir los códigos del adversario, evitando que la respuesta termine imitando y superando la violencia que la provocó. Y, sobre todo, exige una decisión constante, permanente —a menudo discreta, casi invisible— de proteger la vida incluso cuando el entorno empuja en sentido contrario.

No son gestos espectaculares. Pero ahí, precisamente, es donde se juega la posibilidad real de romper el ciclo.

Entre la tumba y la órbita

La imagen que define esta Pascua es, precisamente, esa tensión: entre la tumba y la órbita lunar.

Por un lado, la evidencia de la fragilidad humana, de su capacidad de destrucción y de su tendencia a repetir errores históricos. Por otro, la demostración de su potencial creativo, de su inteligencia colectiva y de su impulso por explorar y construir.

En ese espacio intermedio se sitúa también el debate sobre el sentido de conceptos como “resurrección” o “salvación” en sociedades cada vez más plurales y seculares. Para muchas personas, mantienen su significado religioso y trascendente. Para otras, pueden entenderse como una forma de esperanza activa: la convicción de que el presente no agota nunca las posibilidades del futuro. Sin esa convicción, difícilmente se sostendrían proyectos científicos a largo plazo, ni esfuerzos colectivos en contextos de crisis.

La elección cotidiana

La imagen final no es grandilocuente. No ocurre en la Luna ni en grandes laboratorios. Ocurre en lo cotidiano. En medio de un entorno marcado por la destrucción, alguien decide actuar en favor de la vida: una intervención médica, una innovación útil, un gesto de cooperación, una decisión ética, una apuesta decidida por la paz con justicia. Puede parecer un acto menor. Pero es, en esencia, un gesto alternativo, un cambio de posición.

La Pascua, entendida en sentido amplio, no niega la existencia de la tumba ni ignora la complejidad del mundo. Propone, más bien, una forma de situarse entre esa realidad y la posibilidad de algo distinto. Entre la tumba y la órbita lunar, la humanidad sigue oscilando. La pregunta es en qué dirección decidimos avanzar.



La riqueza conjunta de los 3.000 milmillonarios -quienes tienen una fortuna personal superior a los 1.000 millones de dólares- actualmente equivale a la de los 4.100 millones de personas que forman la mitad más pobre del planeta. El informe *Contra el imperio de los más ricos*, publicado hace unas semanas por Oxfam Intermón retrata un mundo cada vez más desigual.

Según el informe *Contra el imperio de los más ricos*, la riqueza conjunta de los 3.000 milmillonarios del mundo creció 2,2 billones de dólares en 2025 y alcanza el máximo histórico de 18,3 billones de dólares (15,7 billones de euros).

La riqueza de los milmillonarios ha crecido un 81% desde 2020, impulsada en parte por políticas fiscales favorables, el auge bursátil de sectores como la inteligencia artificial y la concentración de poder económico y mediático.

Por lo que respecta a España, los milmillonarios pasaron en 2025 de 28 a 33, aumentando su riqueza conjunta en casi 28.300 millones de euros. La riqueza de los 33 superricos es superior a la de 18,7 millones de españoles, cerca del 40% de la población. Los milmillonarios ganaron en 2025 más de 77 millones de euros al día.

Si abrimos el abanico al 10% más rico de la población mundial (830.000 personas), su patrimonio es el 75% de la riqueza total, mientras el 50% más pobre sólo posee un 2% de la riqueza.

En el citado informe se afirma que el sistema actual va en contra de los intereses de centenares de millones de personas que se enfrentan a situaciones evitables como la pobreza, el hambre o enfermedades prevenibles que causan millones de muertes.

Mientras se produce esa «concentración extrema» de la riqueza, «la mitad de la población mundial vive en situación de pobreza, con menos de 8,3 dólares al día» (7,13 euros), y “el 28% se encuentra en situación de inseguridad alimentaria”. Paralelamente al incremento del patrimonio de las grandes fortunas, los salarios pierden poder adquisitivo, al crecer por debajo de lo que aumenta el coste de la vida. En España, por ejemplo, en 2025, los salarios crecieron seis puntos por debajo de la inflación.

Por otro lado, el vínculo entre la desigualdad extrema y la destrucción ambiental es más clamoroso que nunca y amenaza nuestra democracia y nuestro planeta. El 10% de las personas más ricas genera el 77% de las emisiones de efecto invernadero, frente al 3% que emite la población pobre, más expuesta a las catástrofes climáticas y menos preparada para hacerles frente.

Asimismo, el poder económico de los multimillonarios se traduce también en una influencia política creciente en todos los ámbitos, lo que les permite moldear las normas en su propio beneficio en detrimento de los derechos y libertades fundamentales de las personas.

Al respecto se afirma en el informe que los gobiernos deben actuar con urgencia reforzando los cortafuegos entre la concentración de riqueza y la política, regulando estrictamente los grupos de presión y la financiación de campañas electorales y partidos políticos, impulsando planes de reducción de la desigualdad con objetivos y plazos concretos, fomentando agendas efectivas de tributación a los superricos y garantizando el empoderamiento político de la sociedad civil.

“Esta dinámica está dando lugar a un nuevo orden mundial en el que no solo manda la ley del más fuerte, sino también la del más rico”. Según datos de Oxfam Intermón, los multimillonarios tienen 4.000 veces más oportunidades de ocupar cargos políticos que una persona corriente. La concentración de la riqueza no solo contribuye al estancamiento en la reducción de la pobreza sino también al retroceso de derechos y libertades y es incompatible con la democracia.

Desde hace siglos, se ha considerado el sistema de impuestos como un mecanismo para redistribuir el bienestar y contribuir al bien común. En las últimas décadas, sin embargo, los gobiernos han reducido los impuestos a los ricos y a las empresas y los han aumentado para el resto de la población. En el impuesto sobre la renta, las de trabajo soportan tipos superiores a los que se aplican a las rentas de capital. Las élites pagan, proporcionalmente, menos que la mayoría de los hogares con ingresos mucho más bajos, y ese patrón regresivo priva a los Estados de recursos para inversiones en los servicios públicos.

En España, por ejemplo, la ley establece que las empresas (Impuesto de Sociedades) deben tributar un 25% sobre sus beneficios. Sin embargo, la tributación media es del 12,05%. Las pequeñas empresas tributaron al 18,65%, las medianas al 16,92% y las grandes al 7%. Mientras tanto, los ciudadanos pagamos de media el 24% de nuestros ingresos en concepto de Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas.

El Impuesto de Sociedades permite muchas vías de escape para eludir el fisco, en forma de exenciones, deducciones, bonificaciones y amortizaciones, que hacen que la base imponible sea siempre inferior al beneficio, lo que rebaja sustancialmente la cuota efectiva a pagar. Por otra parte, la Agencia Tributaria pierde en torno a 14.000 millones de euros por evasión y elusión fiscal, principalmente a través del abuso transfronterizo de multinacionales (traslado de beneficios a otros países).

Es un clamor que los ricos paguen lo que deben para sostener la justicia social y la democracia. Además de una fiscalidad progresiva (“quien más tiene que más pague”), los expertos sugieren también otras medidas, como gravar los grandes patrimonios y los beneficios desorbitados, combatir las guaridas fiscales, gravar las grandes herencias y el lujo... Un impuesto global del 3% a menos de 100.000 cent millonarios y multimillonarios recaudaría 750.000 millones de dólares al año, lo que equivale al presupuesto de educación de los países de ingresos bajos y medios.

Otra medida sería la potenciación de programas redistributivos de efectivo, tales como las pensiones, las prestaciones por desempleo y el apoyo específico a los hogares vulnerables. Medidas, en definitiva, para ir amortiguando, por lo menos, la vertiginosa e insoportable desigualdad.

Autoría: *Waldo Gerardo Fernández*



Rezan al Dios de la guerra y, desde la Casa Blanca, le piden su bendición para acabar con el enemigo y hasta quieren convertir la guerra contra Irán en una “cruzada”. **La ultraderecha está prostituyendo el cristianismo, convirtiéndolo en ideología identitaria, arma arrojadiza y coartada política.** Se trata de una evidente adulteración del Evangelio y de la doctrina cristiana, que está alumbrando una nueva herejía del siglo XXI, tanto en Estados Unidos como en España y en diversos países del mundo.

El cristianismo político de la ultraderecha no nace del Sermón de la montaña, sino de los laboratorios del resentimiento cultural. Se presenta como “defensa de las raíces cristianas”, pero en realidad reduce la fe a bandera, a frontera y a muro. En lugar de “bienaventurados los pobres”, proclama “bienaventurados los ricos, los fuertes, los armados, los que expulsan al diferente”.

En Estados Unidos, el **trumpismo cristiano** ha consagrado la figura del “presidente providencial” que defiende a la “América cristiana” frente a inmigrantes, feministas y minorías, mientras bendice la cultura de las armas y de la guerra, el supremacismo blanco y una agenda económica hipercapitalista.

En España, la ultraderecha invoca a Dios, la patria y la “cristiandad” para justificar políticas de odio contra migrantes, mujeres, LGTBI y cualquier disidente, sentando a Cristo en el banquillo de la guerra cultural.

La teología adulterada

Este cristianismo adulterado se sostiene sobre una falsa teología que comienza por una impugnación total del Concilio Vaticano II. Se demoniza el aggiornamento como “traición”, se rechaza la libertad religiosa, el diálogo ecuménico, la defensa de los derechos humanos y, no digamos, la opción preferencial por los pobres. Se sueña con una Iglesia de trono y altar, de cruz y espada, homogénea, disciplinada, más cercana al nacionalcatolicismo que al Evangelio.

A ello se suma **una lectura perversa de la vieja teoría de las dos espadas:** el poder espiritual y el poder temporal deberían marchar juntos, con un Estado fuerte, punitivo y “cristiano” que imponga por la fuerza un orden moral y cultural.

En la cosmovisión de la fachosfera católica, la cruz se fusiona con la espada, el púlpito con la ley de extranjería, la liturgia con el discurso del odio. El resultado es una especie de cristo-césar: un Cristo armado, identitario y excluyente, completamente ajeno al crucificado que muere entre ladrones y abre las puertas del paraíso a Dimas, el arrepentido.

Anticristo, Apocalipsis y aceleracionismo

Sobre ese humus teológico se injerta **una escatología deformada**: la idea de que la historia camina hacia la llegada inminente del Anticristo y hacia un gran Apocalipsis que purificará el mundo. Lejos de inspirar conversión, misericordia y responsabilidad, esta visión se convierte en coartada para el desastre: “todo va a explotar, así que aceleremos la explosión”.

Es lo que **Fernando Vidal** describe como aceleracionismo, en su reciente artículo de Vida Nueva: “Básicamente es una ideología que trabaja por acelerar –mediante



hipercapitalismo, imposición del poder violento en el mundo e invasión masiva de las tecnologías– lo que consideran una inexorable catástrofe planetaria, que realizará una drástica selección darwiniana de humanos, y tras la que se impondrá una civilización dictatorial gobernada por la élite de tecnomagnates”. Esa lógica apocalíptica, vestida de lenguaje cristiano, legitima la destrucción del medio ambiente, la

desigualdad extrema y la violencia geopolítica: cuanto peor, mejor; cuanta más crisis, más cerca el “triunfo final” de los “elegidos”.

Teología de la prosperidad, el Evangelio convertido en negocio

La teología de la prosperidad es otro de los pilares “teológicos” que alimentan a esta nueva herejía ultraderechista del siglo XXI. No nace del Evangelio, sino del mercado: convierte la fe en inversión, a Dios en aseguradora y la bendición divina en sinónimo de éxito económico.

Según esta falsa teología, quien cree de verdad, obedece al “ungido” de turno y siembra (es decir, dona) dinero. Al hacerlo, será recompensado por Dios con riqueza, salud y triunfo. **La pobreza deja de ser lugar teológico –“bienaventurados los pobres”– para convertirse en signo de falta de fe, de pecado o de maldición personal.**

Esta lógica encaja como un guante con el hipercapitalismo y la agenda neoliberal de buena parte de la ultraderecha cristiana, tanto en Estados Unidos como en el mundo hispano: se canoniza el éxito empresarial, se sacraliza la figura del millonario “elegido” y se culpabiliza a las víctimas de la injusticia estructural.

Dominionismo (teología del dominio): Esta corriente sostiene que los cristianos tienen el mandato divino de tomar el control de las instituciones sociales, políticas y

culturales (gobierno, educación, medios), para imponer leyes basadas en su interpretación bíblica antes de la parusía o del regreso de Jesús.

Nacionalismo cristiano: Identifica a la nación (sobre todo, EE. UU.) como la patria elegida por Dios, equiparando el patriotismo con la piedad religiosa. Consecuentemente, sostiene el imperio absoluto de la ley de Dios sobre la sociedad.

Fundamentalismo bíblico: Hacen una lectura literal de las Escrituras y, con ella, rechazan los cambios sociales modernos, como los derechos LGBTQ+ o el feminismo, interpretados como señales del "apocalipsis".

Cruzada contra el secularismo: Se percibe a la cultura secular, al marxismo cultural y al progresismo como amenazas existenciales o satánicas que deben ser combatidas en una "batalla cultural" abierta, sostenida e implacable.

Herejía del siglo XXI

Todos estos elementos configuran una nueva herejía que niega en la práctica la centralidad de las bienaventuranzas y sustituye la misericordia por la fuerza. Además, vacía la cruz de contenido redentor para convertirla en símbolo de identidad tribal.

Por otra parte, justifica la violencia estructural (económica, racial, patriarcal) como herramienta "divina" para imponer un supuesto orden cristiano; rompe la universalidad de la salvación y reinstaura la lógica de los "puros" frente a los "descartados", de los "buenos" frente a los "malos".

En nombre de Cristo, se bendice lo contrario de Cristo. En nombre del Evangelio, se pisotea a los pobres, a los



migrantes, a las mujeres, a las víctimas de la historia, a todos los que Él llamó sus 'preferidos'. Y ahí radica la gravedad: no es sólo una desviación política, es una prostitución espiritual de la fe.

¿Y las Iglesias?

¿Dónde están las Iglesias, las conferencias episcopales, los pastores, cuando la extrema derecha secuestra el nombre de Dios? Aunque algunos obispos dan la cara (léase Cupich y MacElroy en USA o Planellas y Cobo en España), la inmensa mayoría de preladados callan, se dejan utilizar o pactan, por miedo a perder poder o influencia. O se refugian en un falso "neutralismo" que en la práctica deja el espacio libre para la colonización ultraderechista del cristianismo.

Si la Iglesia no denuncia con claridad esta herejía, si no separa explícitamente al Cristo del Evangelio de los ídolos de la extrema derecha, se convierte en cómplice. Y la fe de los sencillos, los que rezan el padrenuestro y ayudan al vecino en silencio, seguirá siendo secuestrada por quienes han convertido a Jesús en un logo más de su campaña política y de conquista del poder.

José Manuel Vidal

EL VIAJE DEL PAPA A ESPAÑA Y EL EVANGELIO MARGINADO



La CEE (Conferencia Episcopal Española) organiza el viaje del Papa a España, previsto del 6 al 12 de junio próximo.

¿Cuánto cuesta la visita del Papa León XIV a España?: Aunque no hay cifras oficiales, “distintos expertos consultados por Religión Digital cifran entre 15 y 30 millones es el coste total del viaje”. No todo será dinero contante y sonante, pues hay que tener en cuenta que el coste de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, para la seguridad del viaje correrá a cuenta de las Administraciones públicas, que no aparece en el presupuesto, pero será considerable porque incluye eventos en Madrid (en Colón, el Madrid Arena, el Bernabéu o Ifema), en Barcelona (Basílica de la S. Familia, y tal vez Monserrat) y Las Islas Canarias (Gran Canaria y Tenerife).

¿Cómo se financiará? La Iglesia española ha dejado claro que los fondos invertidos correrán a cargo de inversores y donantes privados: no habrá, pues, financiación directa por parte de organismos públicos.

La financiación del viaje se realizará por dos vías:

La primera, será una gran colecta en todas las parroquias de España. "Como el viaje no va a recibir ningún tipo de financiación pública, las aportaciones recibidas, al final del viaje, cuando se cierre el evento, las cuentas de las mismas serán auditadas y rendiremos cuentas de lo que hemos recibido y cómo lo hemos usado”.

La segunda será a través de Niveles de patrocinio:

Aportaciones de grandes empresas con tarifas que van desde 1000 euros a 1 millón de euros, con la siguiente escala:

1º: “Gran Benefactor”, con aportación de 1 millón de euros, para ser reconocido como tal, el cual tendrá como contrapartida, un encuentro privado con el Papa,

espacios reservados en los actos, un encuentro de trabajo en el Vaticano o el uso del distintivo oficial del evento.

2º: “**Benefactor**” (para las empresas que aporten medio millón de euros), con las mismas contrapartidas, pero el encuentro con el Papa no será privado.

3º: “Patrocinador” con 250.000 euros, que no tendría garantizado el encuentro con el Papa, pero sí el uso del distintivo oficial de ‘Embajador empresarial’ en comunicación pública y presencia en materiales oficiales del evento.

4º: “Colaborador”, con 10.000 euros, al que se ofrece la inclusión en el directorio oficial de entidades colaboradoras y una mención en las comunicaciones del evento.

5º: “Amigo” del evento, con donación de 1000 euros, que conllevarán el reconocimiento formal de la contribución mediante certificación oficial emitido por la organización.

CONSIDERACIONES:

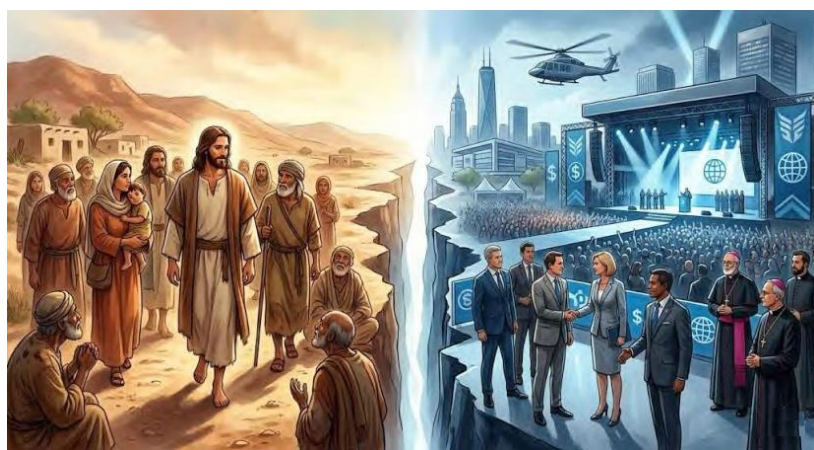
Por coherencia con Jesús de Nazaret y su Evangelio, este planteamiento económico parece realmente inasumible:

A) Porque desde este montaje tan ubérrimo a aquel pobre de Galilea que no tenía donde reclinar la cabeza o se quedaba dormido en una barquichuela de pescadores hay un abismo que **no es de recibo**.

B) Porque desde el mendigo Lázaro cubierto de llagas, al que el rico que vestía de púrpura y lino, censurado por Jesús, no daba ni las migajas de su mesa, hasta un posible gasto de 30 millones de euros en un viaje de 6 días, hay un abismo inmenso que **no es de recibo**.

C) Porque desde este viaje organizado por todo lo alto por la CEE, con traslados en avión y helicóptero al desplazamiento de Jesús andando de un pueblo a otro de Galilea, cansado del camino, que, fatigado, sentía necesidad de sentarse, hay un abismo que **no es de recibo**.

D) Porque recordando a Zaqueo, un rico de Jericó, que recibe a Jesús en su casa, y puesto en pie, le dice a Jesús: “Daré la mitad de mis bienes a los pobres, y si en algo defraudé a alguno, le devolveré cuatro veces más”, y Jesús le contesta: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa”, **no es de recibo** que los Obispos hagan justo lo contrario, y en vez de recordarles a los más ricos de España que lo que les sobra es un deber para las necesidades de los pobres y devolverles cuatro veces más a los obreros defraudados y tal vez explotados (pensemos en los temporeros, y unos 12 millones de



españoles bajo la Tasa AROPE) y por tanto pagarles un sueldo digno y mejorarles las condiciones de trabajo, resulta que les piden millones para pagar un viaje ostentoso, que parece que tiene muy poco de austero y humilde, como lo fue Jesús.

E) Jesús de Nazaret puso su preferencia en los pobres, porque lo necesitaban más, pero en este viaje del Papa resulta justo lo contrario: cuanto más ricos, más preferidos: a los que paguen un millón el Papa los recibe en privado...

Qué lejos del mensaje de María de Nazaret cuando dice en el Magnificat: “Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes”. El Evangelio y los potentados de este mundo, económicos o políticos, son completamente incompatibles.

F) ¿Cómo se puede pedir dinero en cantidades tan grandes para un viaje tan corto pensando en los millones de personas que hay en América del Sur, África o la India, víctimas de extrema pobreza, que se mueren cada día de hambre por miles (entre 21.000 y 24.000)?

Este viaje sin duda se parece más a un gran montaje religioso que a un verda-dero compromiso con Jesús de Nazaret y su Mensaje, porque lamentablemente se percibe que el Evangelio ha sido marginado en él. Por eso nos vendría muy bien a todos leer el

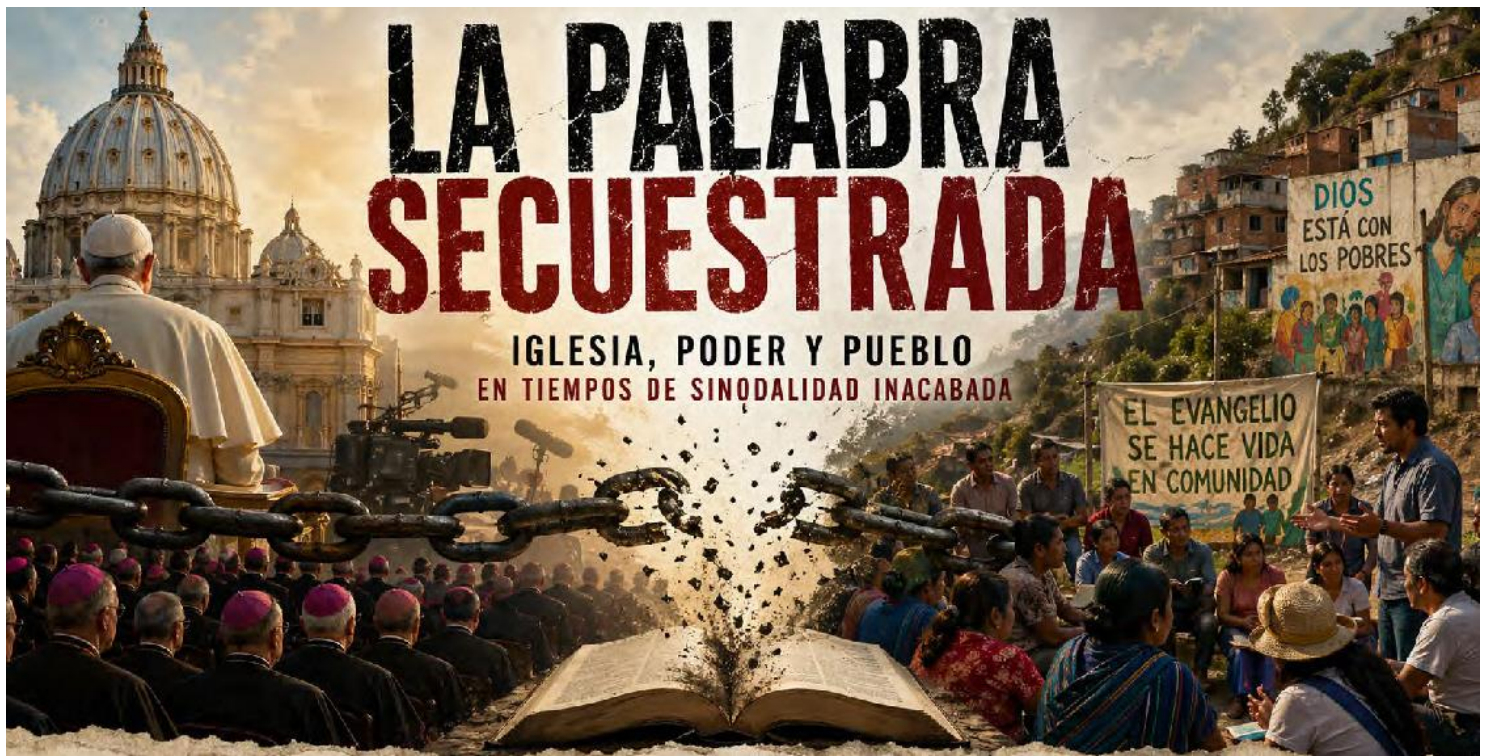


libro de José María Castillo **EL EVANGELIO MARGINADO**, donde, por ejemplo, dice: “Mientras haya obispos viviendo en palacios o clérigos que se visten de manera que aparecen así ante la gente como personajes elegidos, selectos y distintos, mientras eso se siga viendo con naturalidad y como algo lógico en amplios sectores del pueblo cristiano, ¿cómo va a ser creíble el Evangelio que se predica en la Iglesia?”

Animémonos a seguir a Jesús para hacer en este mundo lo que El hizo: eso es la fe, que lucha y vence todo sufrimiento que duele a todo ser humano y a toda criatura, garantizando una vida digna para todos y para todo.

28-3-2026. *Faustino Vilabrille.*





Durante siglos, la Iglesia ha vivido una profunda contradicción: mientras proclama un evangelio dirigido a los pobres, ha estructurado su lenguaje, su liturgia y su autoridad de manera que ese mismo pueblo quede relegado a la pasividad. El discurso de los pobres fue aplastado por una teología burocrática, abstracta e incomprensible. No se trata de una desviación accidental, sino de un proceso histórico sostenido, en el que la institución eclesial ha privilegiado su propia auto-conservación sobre la fidelidad radical al mensaje evangélico.

El resultado es evidente: el pueblo cristiano fue desposeído de su palabra, de su capacidad de interpretar y vivir el Evangelio desde su propia experiencia histórica. La catequesis y la predicación, moldeadas por categorías escolásticas, no reconstruyeron lo que destruyeron. Más bien consolidaron una distancia entre el clero —depositario del saber teológico— y los fieles —receptores pasivos de un discurso ajeno. En este sentido, la retirada histórica de la Biblia al pueblo no fue solo un hecho disciplinar, sino un acto profundamente político: privar a los pobres del acceso directo a la fuente de la palabra significó también controlar su interpretación y, por tanto, su potencial transformador.

Hoy, aunque las formas han cambiado, el fondo de esta dinámica permanece sorprendentemente intacto. La persistencia de un culto papalátrico —visible en la espectacularización de los viajes papales y en la centralidad mediática de la figura del pontífice— sigue reforzando una eclesiología vertical. Incluso los enfrentamientos dialécticos entre el Papa y líderes políticos globales, como el reciente cruce con el presidente Trump, son leídos más como episodios de poder simbólico que como expresión de una Iglesia encarnada en los conflictos reales de los pobres. La figura papal continúa funcionando como eje de identificación, eclipsando la dimensión comunitaria y horizontal que el Evangelio sugiere.

El proceso sinodal sobre la Sinodalidad, presentado como una oportunidad histórica de reforma, parece estar derivando en una confirmación de los límites estructurales de la institución. La prolongación del proceso, la elaboración de cuestionarios extensos y

técnicamente complejos –como el reciente documento de 95 puntos– y su recepción meramente formal en parroquias y comunidades evidencian una desconexión entre el discurso oficial y la vida real del pueblo creyente. Más aún, la falta de compromiso efectivo de amplios sectores de la jerarquía revela una resistencia profunda a cualquier transformación que ponga en riesgo los privilegios de dominio y preeminencia acumulados durante siglos.

Paradójicamente, incluso los sectores más críticos dentro de la Iglesia parecen moverse dentro de los límites del mismo paradigma que cuestionan. La insistencia en demandas como el acceso de las mujeres al sacerdocio o la revisión del celibato obligatorio, aunque legítimas en términos de justicia interna, tiende a reforzar la centralidad de la ordenación sacerdotal como eje de la vida eclesial. Sin embargo, esta centralidad no tiene un fundamento claro en los evangelios, donde la comunidad —y no una casta clerical— aparece como sujeto portador del mensaje. La lucha por acceder al sacerdocio puede terminar, sin quererlo, legitimando una estructura que debería ser repensada más radicalmente.

Frente a esta situación, la Teología de la Liberación ofrece una clave decisiva: el sujeto del Evangelio no es el individuo aislado ni la jerarquía institucional, sino la comunidad de los pobres. Es en esa red de relaciones, en ese lenguaje compartido, donde el Evangelio se hace vida. No se trata de idealizar la religiosidad popular –que es heterogénea y atravesada por múltiples influencias–, sino de discernir en ella los elementos auténticamente evangélicos que han sido vividos y asumidos por los pobres.

En este contexto, adquiere especial relevancia la figura de los profetas-misioneros surgidos del propio pueblo. No son producto de estructuras formativas oficiales ni responden a lógicas de poder institucional. Emergen de manera imprevisible, reconocidos por la comunidad más que designados por la jerarquía. Su autoridad no proviene de un título, sino de su capacidad de encarnar el mensaje de Cristo en la vida concreta. Son ellos quienes, muchas veces en silencio y en los márgenes, mantienen viva la palabra que la institución ha tendido a domesticar.

La recuperación del protagonismo laical, afirmada teóricamente en el Concilio Vaticano II, sigue siendo una tarea pendiente. No basta con reconocer que la Iglesia es, ante todo, un pueblo de laicos; es necesario crear las condiciones reales para que ese pueblo pueda hablar, interpretar, decidir y actuar. Esto implica un proceso largo y conflictivo, que deberá enfrentarse a resistencias profundas, muchas veces inconscientes, tanto del clero como de los propios fieles acostumbrados a la delegación.

La cuestión de fondo es clara: o la Iglesia devuelve la palabra al pueblo —y con ella, la capacidad de construir comunidad desde abajo— o seguirá perdiendo relevancia en un mundo que ya no acepta mediaciones autoritarias sin legitimidad vivida. El Evangelio no será transmitido por estructuras que lo contradicen, sino por comunidades que lo encarnan. Y esas comunidades, en gran medida, ya existen, aunque no ocupen titulares ni protagonismos institucionales.

La historia no se detiene. La pregunta es si la Iglesia será capaz de escucharlas.

F. castaño